

EL GEOPODER COMO NUEVA CONFIGURACIÓN DE LA DOMINACIÓN GLOBAL

Dr. Frank Robert Benítez Díaz¹

RESUMEN

El artículo a continuación analiza la transformación del orden mundial contemporáneo a partir de la articulación entre poder, economía y subjetividad. Plantea que el neoliberalismo constituye la racionalidad estructural del orden unipolar encabezado por Estados Unidos, donde la hegemonía se ejerce menos por la coerción que por la administración de la verdad. A través de una lectura crítica de Marx, Foucault y Lenin, se examina la subsunción del Estado al capital, la colonización de la vida por la economía y la conversión del mercado en dispositivo de sentido. El texto muestra cómo la crisis del neoliberalismo revela el agotamiento del paradigma unipolar y la emergencia de nuevas potencias —China, Rusia, India y el Sur Global— que reconfiguran el equilibrio del poder global. Sin embargo, advierte que la transición hacia la multipolaridad no implica la disolución del dominio, sino su diversificación en múltiples centros de control económico, tecnológico y simbólico. Finalmente, propone la autodeterminación de los pueblos y la recuperación del poder constituyente como horizonte ético-político frente a la tanatopolítica global.

Palabras clave: neoliberalismo, orden unipolar, hegemonía, biopolítica, geopoder

¹ Posdoctorando del Programa Postdoctoral en Filosofía y Ciencias Humanas en Nuestra América.
Línea de Investigación: Política, Ética y Educación

GEOPOWER AS A NEW CONFIGURATION OF GLOBAL DOMINATION

ABSTRACT

The following article examines the transformation of the contemporary world order through the articulation of power, economy, and subjectivity. It argues that neoliberalism constitutes the structural rationality of the U.S.-led unipolar order, where hegemony operates less through coercion than through the administration of truth. Drawing on Marx, Foucault, and Lenin, the paper explores the subsumption of the State by capital, the colonization of life by economic logic, and the conversion of the market into a device of meaning. It shows that the crisis of neoliberalism exposes the exhaustion of the unipolar paradigm and the rise of new powers —China, Russia, India, and the Global South— that are reshaping the global balance of power. However, this transition toward multipolarity does not entail the end of domination, but its diversification into multiple centers of economic, technological, and symbolic control. Finally, the article calls for the peoples' self-determination and the recovery of constituent power as an ethical-political horizon against global thanatopolitics.

Keywords: neoliberalism, unipolar order, hegemony, biopolitics, geopower

Introducción

El presente trabajo se propone analizar las transformaciones contemporáneas del poder imperial, atendiendo a las nuevas formas de dominación que operan más allá de la soberanía estatal clásica y de los dispositivos disciplinarios visibles. Partiendo de una lectura crítica que articula categorías como gubernamentalidad, biopolítica, razón de Estado y geopoder, el análisis examina cómo el orden global actual se estructura a través de una racionalidad estratégica que combina coerción, tecnología, economía y subjetividad. Este orden no se impone sólo mediante la guerra o el control territorial, sino mediante la administración de la vida, la gestión del caos y la producción de dependencia estructural.

Lejos de ser fenómenos aislados, estos procesos revelan un patrón global de subordinación que responde a los intereses de una élite transnacional, con Estados Unidos como eje articulador de un sistema de guerra planificada, endeudamiento funcional y reconfiguración productiva. El análisis busca demostrar que el poder imperial actual no se sostiene únicamente por la fuerza, sino por su capacidad de invisibilizar los mecanismos que producen crisis y luego capitalizarlas como oportunidades geopolíticas y económicas.

En este contexto, la necesidad de mantener la hegemonía global de manera eficiente —y ante la creciente amenaza de la emergencia de contrapoderes capaces de subvertir el orden unipolar— ha conducido al diseño de nuevas tecnologías biopolíticas de control. Estas tecnologías no están solamente orientadas a administrar poblaciones, sino también a anticipar y neutralizar cualquier forma de autonomía colectiva que ponga en riesgo la arquitectura del dominio. La innovación ahora responde a exigencias de vigilancia, segmentación y prefiguración conductual, con el fin de conservar una hegemonía que ha dejado de basarse en el consenso para depender de la gestión técnica del conflicto.

El estudio del poder global: necesidad y contexto

El estudio del poder global es una necesidad urgente en un mundo donde las formas de dominación han mutado y se han expandido más allá de las estructuras tradicionales del Estado. En el paradigma clásico, el poder se concebía como una fuerza vertical dentro de los Estados, con gobernantes que imponían su autoridad sobre los gobernados. Sin embargo, la globalización ha transformado esta dinámica, permitiendo la emergencia de redes transnacionales que interconectan Estados, empresas, organizaciones internacionales y actores informales en un entramado de influencia que trasciende las fronteras nacionales.

Comprender el poder global implica analizar cómo se configuran las relaciones de dominación que determinan la distribución de recursos, la producción de saber y la regulación de la vida. Ya no se trata solo de quién gobierna, sino de cómo se gobierna el mundo. La soberanía tradicional se encuentra en tensión con las estructuras de poder transnacionales, lo que plantea el reto de descifrar las lógicas de esta metamorfosis para entender cómo el poder se reproduce, se transforma y se perpetúa en el tiempo.

La mundialización del capital, el desarrollo tecnológico y la expansión de los medios de comunicación han generado una nueva arquitectura del poder: un poder que no reconoce fronteras y cuya eficacia depende de su capacidad para invisibilizarse. El dominio ya no se ejerce únicamente desde arriba, sino también desde dentro: a través de la interiorización de normas, valores y deseos que reproducen el sistema. En este contexto, estudiar el poder global implica un cambio metodológico: pasar del análisis de las instituciones visibles al estudio de los dispositivos invisibles que organizan la vida contemporánea. El poder ya no es un atributo de un soberano, sino una red difusa de relaciones que atraviesan la economía, la política, la cultura y la subjetividad.

Geopoder: la dimensión global del biopoder

El pensamiento de Michel Foucault revolucionó el estudio del poder al desplazar su análisis de una estructura jerárquica y centralizada hacia una red difusa de relaciones que se ejercen en todos los niveles de la sociedad (Foucault, 1975). Sin embargo, su enfoque dejó sin abordar la cuestión del poder global de manera sistemática. Aunque su noción de gubernamentalidad amplía la mirada hacia la gestión de poblaciones, y su análisis del neoliberalismo sugiere una extensión de estas dinámicas más allá de los Estados-nación, Foucault no consolidó un término que articulara su teoría del poder con la escala planetaria.

Como extensión analítica de su pensamiento, se propone incorporar la metáfora del geopoder para analizar la distinción entre dos dimensiones no excluyentes de la gubernamentalidad: una dirigida hacia el interior y otra hacia el exterior del Estado. El geopoder emerge como una necesidad teórica para explicar cómo las estrategias de control, regulación y dominación biopolítica operan a nivel transnacional. Su estructura es reticular y multidimensional, desplegándose a través de instituciones supranacionales, normativas económicas globales, tecnologías de vigilancia y regímenes de control que exceden los límites territoriales convencionales.

Este concepto permite comprender cómo el biopoder, en su administración de la vida y la población, se proyecta a una escala mayor sin perder su naturaleza intrínseca. Dicho de otra forma, el geopoder no se opone a la biopolítica, sino que la amplifica y la globaliza. La regulación de los cuerpos individuales y colectivos no desaparece en esta transición, sino que se intensifica y adquiere nuevas dimensiones espaciales y tecnológicas,

vinculándose con sistemas globales de explotación, seguridad y producción de subjetividad.

El origen y constitución del orden mundial

El orden mundial no surge como un acontecimiento puntual, sino como un proceso histórico de larga duración donde confluyen estructuras de poder, racionalidades de gobierno y tecnologías de dominación. Su genealogía puede rastrearse desde la transición del feudalismo al capitalismo, cuando la acumulación mercantil y el colonialismo europeo sentaron las bases de una jerarquía global sustentada en el control del comercio, la moneda y el territorio. Como señaló Lenin (1916/2024), el imperialismo representó “la fase superior del capitalismo” (p. 15), en la que los monopolios y el capital financiero sustituyeron a la libre competencia como motor de expansión global.

En este sentido, el orden mundial moderno se constituyó sobre una matriz eurocéntrica que combinó poder político, militar y epistémico, legitimando la dominación mediante la idea de civilización. Foucault (1978/2007) observaría más tarde que esta expansión implicó una mutación en la racionalidad gubernamental: del poder soberano hacia una biopolítica planetaria en la que “la vida y la población se convirtieron en objetos de administración” (p. 31).

A partir del siglo XIX, la consolidación de los Estados-nación, la revolución industrial y el surgimiento del capitalismo financiero dieron paso a una articulación entre economía y poder, que redefinió la noción de soberanía. El orden mundial dejó de basarse en la conquista territorial para organizarse a través de mecanismos de control económico, normativo y simbólico. Robert Cox (1981) lo resumió al afirmar que los órdenes mundiales “cambian conforme evolucionan las configuraciones de hegemonía y poder en el sistema global” (p. 138). El siglo XX marcó una aceleración de esta lógica. La Primera Guerra Mundial, lejos de ser una simple pugna entre Estados, representó el reajuste de la hegemonía capitalista y la transición del liderazgo europeo hacia los Estados Unidos. Kissinger (1994) señaló que tras ese conflicto “Europa perdió su centralidad y los Estados Unidos emergieron como potencia hegemónica” (p. 392). Desde entonces, el orden mundial se configuró bajo una racionalidad geopolítica que desplazó la soberanía territorial hacia una soberanía funcional, ejercida a través de instituciones financieras, organismos multilaterales y corporaciones transnacionales.

En su evolución, el orden mundial ha pasado por etapas de reorganización hegemónica: el orden imperial clásico se configuró entre los siglos XVI y XIX, bajo la lógica de la expansión territorial y el dominio colonial directo. Europa impuso su hegemonía política, económica y cultural a través de la conquista, la explotación y la evangelización, organizando el mundo bajo una jerarquía racial y económica que garantizaba el flujo de recursos hacia las metrópolis. Su legitimidad descansaba en la violencia visible y en la idea de “misión civilizadora”, mientras las colonias funcionaban como extensiones subordinadas del poder europeo. El orden bipolar, establecido tras la Segunda Guerra Mundial, reorganizó el sistema internacional en torno a dos superpotencias: Estados Unidos y la Unión Soviética. La rivalidad ideológica entre capitalismo y comunismo dio lugar a una guerra total sin confrontación directa —la llamada Guerra Fría—, donde la hegemonía se ejerció mediante alianzas militares, competencia tecnológica y estrategias de influencia cultural. Este equilibrio del terror nuclear transformó la política mundial en una administración del miedo y la disuasión, sosteniendo una paz forzada basada en la amenaza mutua.

Finalmente, el orden unipolar surgido después de 1991 consolidó la hegemonía estadounidense sobre las estructuras políticas, financieras y tecnológicas del planeta. Sin embargo, esta dominación no se sostiene principalmente en la fuerza militar, sino en una racionalidad biopolítica global que gobierna la vida mediante redes económicas, mediáticas y digitales. Así nacen instituciones globales como el FMI, la OMS o las grandes corporaciones tecnológicas que normalizan y controlan de forma análoga a las instituciones disciplinarias foucaultianas, ejerciendo una soberanía indirecta, es decir, imponiendo normas que afectan la vida y la muerte.

A diferencia de las antiguas formas de dominación imperial o colonial, donde la violencia y la expansión territorial eran los mecanismos predominantes, la exención biopolítica opera bajo una lógica más eficiente y difusa. No precisa de la conquista militar directa, sino que modifica la realidad social mediante el control de infraestructuras, la manipulación de mercados, la ingeniería de crisis económicas y la administración de flujos migratorios. Su potencia se basa en su invisibilidad: al igual que en el dispositivo panóptico descrito por Foucault (1978/2007) la vigilancia no requiere de una presencia constante; se inscribe en las condiciones materiales y discursivas que estructuran la vida contemporánea.

Consolidación del orden unipolar: EEUU como soberano entre soberanos

Tras la derrota del bloque soviético, Estados Unidos emergió como el centro del poder unipolar, ejerciendo una hegemonía sin precedentes en la historia moderna. Pero su dominio no se basó únicamente en la superioridad militar: se fundó en la institucionalización del neoliberalismo como modelo universal de organización social y económica. Durante la década de 1990, el discurso del “fin de la historia” de Fukuyama (1992) consolidó la idea de que la democracia liberal y el libre mercado constituían la culminación del desarrollo humano. Este relato sirvió como cobertura ideológica para la expansión del poder estadounidense, que dejó de depender de la ocupación militar para apoyarse en mecanismos financieros, mediáticos y tecnológicos. Así podemos encontrar como el neoliberalismo constituye el atributo estructural del orden unipolar regido por Estados Unidos. Más que un modelo económico, funciona como una racionalidad de gobierno que vincula la hegemonía global con la administración de la vida cotidiana. Su función ha sido traducir el dominio geopolítico en normatividad social, transformando la competencia en principio organizador del mundo. Este principio no solo regula los flujos de capital y producción, también moldea los imaginarios colectivos, convirtiendo la racionalidad del mercado en criterio de verdad y de legitimidad política. En este paradigma, el mercado se presenta como ley natural y la libertad como obligación de rendimiento.

La coerción abierta cede ante la autorregulación, mientras el control adopta la forma de libertad. De esta manera, el poder penetra en la subjetividad: cada individuo se concibe como empresario de sí mismo, responsable de su éxito o su fracaso dentro de una economía de la precariedad. El neoliberalismo ha conseguido naturalizar la desigualdad, sustituyendo la comunidad por la competencia y la justicia por la eficiencia. En este régimen de verdad, la dignidad se mide en términos de productividad y el consumo se erige en forma suprema de ciudadanía. Como advirtió Foucault (1978/2007), la economía política se convierte en tecnología de gobierno, administrando los deseos con la misma precisión con que el Estado administraba antes la obediencia.

El neoliberalismo convierte así la economía en un dispositivo de sentido: gobierna tanto los cuerpos como los significados, y su dominio se consolida en la esfera mediática, donde la gestión del deseo se confunde con libertad informativa. La hegemonía estadounidense encontró en esta

racionalidad su sustento más duradero. La expansión del neoliberalismo se impuso mediante la seducción del discurso económico, que transformó la dominación en aspiración. Esa naturalización del dominio económico no se limitó al plano ideológico. Su efecto más profundo fue político: desplazó el eje de decisión del Estado hacia el mercado, instaurando una lógica donde la economía dicta la norma y la soberanía se redefine como gestión técnica.

Este proceso ha tenido como consecuencia la subsunción de la política dentro de la lógica económica. Los Estados ya no gobiernan; administran. La “razón de Estado” clásica ha sido reemplazada por una razón de mercado, y la soberanía nacional, por la soberanía del capital financiero. Las decisiones fundamentales sobre la vida social se trasladan a organismos tecnocráticos y corporativos —Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, Organización Mundial del Comercio—, que funcionan como estructuras suprasoberanas al margen de los mecanismos democráticos. La noción marxista de subsunción del trabajo al capital designa el proceso mediante el cual el capital no sólo domina el trabajo, sino que lo reorganiza estructuralmente, subordinando el proceso productivo, el tiempo y la energía del trabajador a la lógica de la valorización (Marx, 1867/2009). Marx distingue entre una subsunción formal, donde el capital se apropia de un proceso laboral preexistente, y una subsunción real, en la que transforma la organización técnica del trabajo hasta convertirla en un mecanismo de producción de plusvalor (Marx, 1933/1971). La lectura foucaultiana no contradice el análisis marxista, lo expande: traslada la lógica de la explotación material al campo de la gobernabilidad, donde el control económico se convierte en tecnología de poder. En Foucault, esta dinámica se amplía desde el plano económico al político: la economía política del poder opera como una forma de racionalidad que no describe al Estado, sino que lo reconfigura desde dentro, convirtiéndolo en instrumento de una lógica económica generalizada.

En *Nacimiento de la biopolítica*, Foucault (1978/2007) muestra cómo el pensamiento económico liberal se apropia del Estado y lo obliga a obedecer a su propia “razón económica”, desplazando la soberanía por la gestión y la disciplina. Así, el poder deja de ser un atributo del soberano para convertirse en un dispositivo de gobierno de la vida, donde las poblaciones, los cuerpos y las conductas se integran en una red de utilidad, rendimiento y control. Si Marx analizó la subsunción del trabajo al capital, Foucault revela una subsunción del Estado y de la vida a la economía política del

poder, es decir, la captura biopolítica de la existencia bajo el paradigma del mercado (pp. 135-156).

Una vez absorbido el Estado por la lógica del capital, el poder imperial adopta una forma difusa y tecnocrática, basada menos en la soberanía que en la administración de redes globales. El poder imperial norteamericano no se impone sólo mediante ejércitos, sino mediante redes de dependencia estructural. El dólar, el sistema SWIFT, las corporaciones tecnológicas y las plataformas de comunicación global constituyen los pilares de un imperio sin territorio. Los Estados que se integran a su órbita lo hacen no por conquista, sino por necesidad: el costo de la autonomía es la exclusión del sistema financiero global.

Esta hegemonía, sin embargo, no es estable. En su expansión ilimitada, el imperio se disuelve en sí mismo. El poder estadounidense, que alguna vez pretendió ser un garante del orden mundial, ha terminado convirtiéndose en el principal agente del desorden. Las guerras prolongadas, el intervencionismo financiero y el espionaje global han desgastado su legitimidad y acelerado su entropía sistémica.

El Nuevo Orden Mundial (NOM) que Estados Unidos proclamó tras la Guerra Fría no logró instaurar un mundo pacífico, sino una paz negativa, sostenida en la precarización, la deuda y la vigilancia masiva. Bajo el discurso de la libertad, se consolidó una arquitectura de dominación donde el control total reemplazó a la soberanía nacional. A medida que su hegemonía económica declina y surgen nuevos polos de poder (China, Rusia, India, Irán, el Sur Global), el imperio enfrenta su propio límite. Su poder aún es enorme, pero su legitimidad se desvanece. El poder global neoliberal, del cual Estados Unidos fue su máximo exponente, ha alcanzado su fase de agotamiento histórico: la civilización del capital ha perdido su promesa de futuro.

Crisis del orden unipolar y emergencia de la multipolaridad

El fin de la Guerra Fría no supuso el “fin de la historia” proclamado por Fukuyama (1992), sino el inicio de un proceso de reconfiguración global en el cual el poder dejó de estar concentrado en un solo polo. La arquitectura de control estadounidense alcanzó su apogeo en la década de 1990, pero también en ese momento se gestó su fragilidad estructural. El capitalismo neoliberal, convertido en paradigma civilizatorio, no logró resolver las contradicciones internas del sistema: crecimiento económico sin distribución, expansión financiera sin producción real, y globalización sin justicia.

Cada crisis del sistema neoliberal —desde la asiática de 1997 hasta la financiera de 2008— confirmó que la promesa del mercado autorregulado era una ficción funcional al capital especulativo. Las políticas de austeridad impuestas por el FMI y la privatización de bienes públicos agravaron la dependencia estructural del Sur Global, generando una nueva forma de colonialismo financiero (Sassen, 2014).

El unipolarismo estadounidense se sostuvo sobre una triple estrategia: control monetario (dólar), control tecnológico (Silicon Valley, NSA) y control militar (OTAN). Sin embargo, los tres pilares comenzaron a erosionarse con el ascenso de China, Rusia y las economías emergentes. La desindustrialización interna estadounidense, sumada a la pérdida de legitimidad moral tras sus intervenciones en Irak, Afganistán y Libia, abrió paso a una multipolaridad inestable.

El orden unipolar no se consolidó únicamente por su supremacía económica o militar, sino —y sobre todo— por su capacidad para administrar la verdad. Su poder radicó en la imposición de una racionalidad global que definió lo “real”, lo “racional” y lo “deseable” a escala planetaria. Sin embargo, para comprender su dinámica interna es necesario reconocer que el unipolarismo no es el origen del poder neoliberal, sino su resultado. En apariencia, el centro hegemónico —encarnado en la potencia unipolar— dirige el sistema; en realidad, está subsumido bajo la lógica neoliberal, prisionero de una economía política que lo gobierna y lo utiliza como instrumento de expansión. Esta inversión aparente constituye una estrategia de invisibilización del poder real, pues al proyectar la hegemonía como un ejercicio de soberanía, se oculta que la verdadera fuente de mando reside en los dispositivos financieros, mediáticos y tecnológicos que estructuran la racionalidad neoliberal. En ese marco, el poder mediático se erige como el principal dispositivo de subjetivación y legitimación, articulando la economía de la atención con la gestión del deseo. Las corporaciones de comunicación y entretenimiento actúan como aparatos ideológicos de un poder intangible, encargados de fabricar consenso, uniformar imaginarios y presentar la dominación como libertad.

Esta forma de dominio fue anticipada por (Lenin, 2024/1974), quien observó que “el imperialismo es la fase superior del capitalismo” (p. 89), al advertir que la expansión geopolítica no es una anomalía del sistema, sino su culminación lógica: el momento en que el capital financiero subordina al Estado y convierte la política en su instrumento de acumulación.

El neoliberalismo actual lleva ese proceso a su extremo: ya no necesita del imperialismo clásico, porque la subsunción es total —el Estado, el mercado y la subjetividad operan bajo una misma racionalidad económica. Pero en esa totalización emerge también su fractura interna. El orden unipolar comienza a declinar porque la lógica que lo sostiene —la concentración ilimitada del poder y la financiarización de la vida— erosiona los propios fundamentos de su legitimidad. La expansión sin límites produce, paradójicamente, su agotamiento: el sistema se vuelve incapaz de sostener la ilusión de soberanía que lo mantenía cohesionado. Lo que hoy presenciamos no es solo el fin del dominio de una potencia, sino el agotamiento del paradigma neoliberal que la subsumió y la utilizó como máscara de su poder. Así, el orden mundial actual es el resultado de una serie de continuidades históricas que enlazan la razón de Estado del siglo XVII, el imperialismo económico del XIX y la biopolítica neoliberal del XXI. Su constitución en el tiempo demuestra que el poder no se disuelve: se reconfigura, se descentraliza y se perfecciona.

Otro agenciamiento estructural del poder es el saber: Como señala Foucault (1975), “el poder produce saber, y el saber reproduce poder” (pp. 32-33). En la era unipolar, esta ecuación se amplificó tecnológicamente: los medios globales, las plataformas digitales y las redes sociales no solo informan, sino que estructuran la percepción del mundo y codifican los marcos del pensamiento. Quien controla el flujo de información controla la definición de la realidad. La verdad, entonces, deja de ser un proceso de búsqueda colectiva para convertirse en una administración algorítmica del discurso, donde el dato sustituye al juicio y la visibilidad equivale a legitimidad.

A la par del poder mediático, el poder educativo desempeñó un rol estructural. Las universidades globales, las fundaciones privadas y los organismos multilaterales de conocimiento se erigieron en instancias productoras de subjetividad política. Su función no fue sólo formar profesionales, sino modelar el pensamiento conforme a la racionalidad neoliberal, promoviendo la competencia, la meritocracia y la tecnocracia como virtudes cívicas universales. Así, el saber se integró al dispositivo biopolítico del mercado, operando como un filtro de legitimidad epistémica que define qué conocimiento es válido, útil o rentable.

En este contexto, la hegemonía se consolidó no como imposición directa, sino como naturalización del orden existente. Gramsci había advertido que el dominio duradero no depende de la fuerza, sino del consenso;

el unipolarismo lo perfeccionó transformando ese consenso en un reflejo automático de consumo, información y deseo. La guerra ideológica se volvió una guerra cultural, una guerra por la mente, donde la sumisión ya no necesitaba violencia física, sino saturación simbólica. Sin embargo, la arquitectura de este sistema comenzó a fracturarse. Su propio éxito generó las condiciones de su desgaste. Tres procesos principales explican el decaimiento del orden unipolar: La crisis de legitimidad del discurso neoliberal, evidenciada tras la crisis financiera de 2008, que reveló la vulnerabilidad del sistema de deuda y la desigualdad estructural que había intentado disimular con la retórica del progreso global. La desoccidentalización del poder, con el ascenso de economías emergentes —particularmente China, India y Rusia— que desafiaron la exclusividad del paradigma de mercado estadounidense, creando instituciones paralelas como el BRICS y el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura. La erosión simbólica del poder mediático, provocada por la saturación informativa y la pérdida de credibilidad de los grandes medios globales frente al auge de plataformas digitales descentralizadas, que reconfiguraron los circuitos de verdad y autoridad discursiva.

Como ya hemos señalado el poder imperial actual no se sostiene únicamente por la fuerza, más bien por su capacidad de invisibilizar los mecanismos que producen crisis y luego capitalizarlas como oportunidades geopolíticas y económicas. Esa estrategia comenzó a agotarse cuando las crisis dejaron de ser administrables y empezaron a multiplicar contradicciones internas. De este modo, surge un escenario multipolar, no como equilibrio pacífico, sino como campo de fuerzas en disputa. La emergencia de potencias regionales, la reorganización de bloques económicos y el avance de tecnologías soberanas han fragmentado el monopolio del sistema de dominación invisible, configurando un orden más inestable, rizomático y competitivo. No hay un centro único, sino múltiples polos de poder que operan con racionalidades distintas, cada uno intentando imponer su propia versión de la verdad, del desarrollo y de la civilización.

El mundo contemporáneo, por tanto, transita desde la unipolaridad hacia una multipolaridad conflictiva, donde la hegemonía ya no puede sostenerse como administración silenciosa del consenso, sino que debe confrontar resistencias epistemológicas, tecnológicas y políticas. La lucha por el poder vuelve a ser también una lucha por la verdad, pero ahora en un espacio sin soberano, donde todos vigilan y todos son vigilados.

Mutación del orden unipolar

El agotamiento del orden unipolar se manifiesta primero en el terreno simbólico. El poder mediático, que durante las primeras décadas del siglo XXI había funcionado como el principal dispositivo de legitimación de la hegemonía global, comenzó a mostrar signos de fractura. Las narrativas únicas, que durante años definieron lo verdadero, lo justo y lo posible, fueron desplazadas por un torrente de relatos alternativos, desinformaciones y contrahegemonías digitales. Las redes sociales, lejos de democratizar el discurso, multiplicaron los centros de emisión de verdad, erosionando la autoridad del relato occidental. La antigua función panóptica del medio global —ver sin ser visto— fue reemplazada por una hipervisibilidad caótica donde todos vigilan y todos son observados. En consecuencia, el control de la verdad, antes vertical, se volvió rizomático e inestable, debilitando la capacidad del soberano global para administrar el consenso.

Paralelamente, el poder educativo —segundo gran instrumento de legitimación neoliberal— comenzó a descomponerse bajo su propio paradigma. Las universidades globalizadas, los think tanks y las fundaciones privadas, diseñadas para reproducir la racionalidad del mercado, entraron en crisis de legitimidad. Las narrativas de eficiencia, competencia y neutralidad científica se enfrentaron al retorno de saberes locales, críticas decoloniales y epistemologías del Sur. La educación dejó de ser el laboratorio del consenso para transformarse en un campo de disputa simbólica. Como advertía Foucault (1975), “toda producción de saber implica una estrategia de poder” (pp. 32-35), y cuando esas estrategias se fragmentan, también lo hace la hegemonía que las sostenía. El saber, agenciamiento estructural del poder, produce así el propio agotamiento del sistema: ya no puede sostener la ilusión de soberanía que lo mantenía cohesionado.

Este colapso discursivo coincidió con la pérdida de coherencia estructural del sistema unipolar. La crisis financiera de 2008 marcó el punto de inflexión: el mercado, presentado durante décadas como mecanismo natural de equilibrio, reveló su carácter político y especulativo. Las recetas de austeridad impuestas por las instituciones financieras internacionales generaron desigualdad y descontento en las propias sociedades occidentales, debilitando el mito de la globalización como destino inevitable. Al mismo tiempo, emergieron nuevos polos de poder —China, Rusia, India y, posteriormente, las articulaciones del BRICS— que comenzaron a disputar el monopolio de la verdad, del mercado, del crédito y de la tecnología. Cada

uno de estos actores desarrolla su propia versión del Leviatán (Soberano), regional o continental, capaz de administrar su esfera de influencia con una mezcla singular de coerción, innovación y control informacional. El orden unipolar, sostenido por la promesa de una “paz perpetua” bajo el libre mercado, derivó así en una multipolaridad conflictiva donde el poder ya no puede centralizarse, sino solo redistribuirse.

La desindustrialización del núcleo occidental acentuó esa fragilidad interna. Mientras la producción material se desplazaba hacia Asia, el centro hegemónico se replegó sobre el capital financiero y especulativo, reemplazando la creación de valor por la circulación abstracta del dinero. Las antiguas fábricas se transformaron en bancos de datos y el trabajo en algoritmo. El capitalismo productivo —que todavía requería cuerpos, materias primas y territorios— fue sustituido por un capitalismo inmaterial, dependiente del crédito, la deuda y la manipulación de expectativas. En esta metamorfosis, los Estados dejaron de pensarse como comunidades políticas para concebirse como empresas competitivas: su legitimidad ya no deriva del contrato social, sino del rendimiento económico y la calificación crediticia. Así emergió el Estado-empresa, cuya función central no es garantizar derechos, sino optimizar resultados. El ciudadano deviene en accionista; el gobernante, en gerente; y la política, en mera gestión de riesgos. La lógica empresarial sustituye la razón de Estado: lo que antes era soberanía se convierte en contabilidad, y lo que antes era justicia se mide en retorno de inversión.

Detrás de esa racionalidad instrumental opera un principio aún más perverso: el Estado-casino. El sistema financiero global, lejos de asegurar estabilidad, ha convertido la economía mundial en un gigantesco juego especulativo donde el azar, la apuesta y la manipulación de expectativas determinan la suerte de naciones enteras. Susan Strange (1986) lo advirtió con precisión al describir la economía global como un “casino mundial”(p. 1) donde los capitales se mueven con velocidad y sin regulación, generando ganancias instantáneas y crisis sistémicas “Cada día, los juegos se vuelven más complicados y las apuestas más altas [...] lo que antes era un sistema para facilitar el comercio, ahora es un mecanismo de especulación pura que genera crisis sistémicas” (p. 2). En este contexto, el poder político se subordina al ritmo del mercado: cada decisión estatal se juzga según su impacto en la bolsa y no en la vida de la población. El Soberano Invisible ya no vigila desde la soberanía, sino desde la pantalla bursátil; su mirada no castiga, cotiza. La desindustrialización, por tanto, no sólo desplazó la

economía, sino que reconfiguró la subjetividad política: el trabajo dejó de ser fuente de identidad colectiva y se convirtió en riesgo individual; la sociedad, en portafolio de activos; y el futuro, en derivado financiero. La lógica del casino impregna la cultura: se premia la especulación sobre la producción, la inmediatez sobre la planificación, la ganancia sobre el sentido. En este punto, el orden unipolar empieza a corroerse desde dentro, porque su principio organizador —la fe en el mercado como regulador supremo— se vuelve autodestructivo: cada intento de estabilizar el sistema exige nuevas dosis de inestabilidad.

Este proceso es el preludio del tránsito hacia una multipolaridad caótica. El mundo ya no se divide en potencias industriales, sino en centros financieros, tecnológicos y energéticos que compiten por administrar el riesgo global. La vieja fábrica nacional ha sido reemplazada por la red, el servidor y la bolsa. El mundo multipolar no es el fin del soberano hegemónico, sino su metamorfosis en una constelación de soberanías parciales que intentan imponer sus propias biopolíticas regionales. La humanidad ingresa, así, en una fase de tanatopolítica global distribuida, donde la gestión de la vida y la administración de la muerte ya no dependen de un solo imperio, sino de múltiples centros que actúan con la misma lógica de control, vigilancia y predicción conductual. La crisis del unipolarismo no libera al mundo de la dominación: solo diversifica sus rostros.

Emergencia de las nuevas potencias y reconfiguración del poder global

La erosión del orden unipolar abrió paso a un proceso de recomposición geopolítica en el que emergen nuevas potencias con proyectos civilizatorios, tecnológicos e ideológicos propios. Este desplazamiento del centro de gravedad mundial marca el tránsito hacia una multipolaridad activa, donde distintas racionalidades compiten por definir el sentido de la modernidad y los límites del poder. La hegemonía ya no se impone desde un solo vértice, sino que se negocia entre actores que buscan imponer sus propios códigos de legitimidad, sus sistemas de conocimiento y sus arquitecturas de control.

China: el poder tecnológico y la civilización algorítmica

China encarna la fusión entre autoritarismo digital, planificación estatal y capitalismo de innovación. Su modelo subvierte la lógica neoliberal al

utilizar los mecanismos del mercado como instrumentos subordinados a un proyecto político de largo alcance: la Nueva Ruta de la Seda. Este megaproyecto articula comercio, infraestructura, datos y control geoestratégico en una red de interdependencias funcionales al liderazgo chino. A diferencia del liberalismo occidental, el Estado chino administra la competencia como política de Estado y no como dinámica espontánea del mercado. Su avance tecnológico —en inteligencia artificial, redes 5G, computación cuántica, biotecnología y manufactura avanzada— le permite proyectar un poder de tipo epistémico, donde la información actúa a la vez como recurso y como arma. Su ideología combina el pragmatismo económico con una narrativa de civilización: el «rejuvenecimiento nacional». Bajo esta premisa, propone una alternativa al modelo occidental de democracia liberal, no a través de la imposición ideológica, sino mediante la exportación de infraestructura, tecnología y dependencia digital. El resultado es una colonización algorítmica que sustituye la dominación territorial por el control de los flujos de datos.

Rusia: soberanía energética y contracultura estratégica

Rusia se posiciona como potencia revisionista que desafía la hegemonía de la OTAN mediante la combinación de poder energético, militar y narrativo. Su estrategia busca debilitar el entramado neoliberal global desde sus márgenes, reintroduciendo la noción de soberanía nacional frente a la homogeneización económica y cultural. Su fortaleza reside en la geopolítica de los recursos —gas, petróleo, uranio y granos—, junto con la guerra híbrida, que integra diplomacia, ciberdefensa, inteligencia y control informativo. Ideológicamente, Moscú se sostiene sobre una visión de multipolaridad conservadora, basada en valores tradicionales y en la crítica al cosmopolitismo liberal. Este discurso, presentado como defensa de la identidad frente al vacío cultural de Occidente, convierte la soberanía simbólica en el núcleo de su legitimidad. Rusia actúa como resistencia cultural, como poder que aspira a restituir el sentido de pertenencia y el control de los recursos vitales en un mundo dominado por la financiarización.

India y el Sur Global: la afirmación del pluralismo estratégico

India, junto con los países del Sur Global —Brasil, Sudáfrica, Indonesia, México—, representa una forma distinta de poder emergente basada

en el peso demográfico, la capacidad tecnológica y la autonomía política. Su crecimiento en servicios digitales, exploración espacial, farmacéutica y energías renovables la convierte en un puente entre el capitalismo occidental y los proyectos asiáticos. Mantiene una postura de cooperación flexible, guiada por el principio de autonomía estratégica: colaborar sin someterse. En su narrativa, la globalización no se niega, se reinterpreta desde la diversidad civilizatoria. El Sur Global comienza a concebirse como un espacio de creación política y tecnológica, un laboratorio de alternativas postoccidentales que revaloriza lo local, lo comunitario y lo sostenible frente a la uniformidad neoliberal.

Una nueva lógica de relación

Las potencias emergentes construyen su influencia no solo mediante la acumulación económica o militar, sino a través del dominio de la infraestructura tecnológica y del imaginario político. El poder contemporáneo se mide por la capacidad de programar el mundo: diseñar redes, fijar estándares, imponer algoritmos, definir monedas digitales, controlar rutas logísticas y modelar narrativas. China impulsa la interdependencia controlada; Rusia promueve la resistencia soberana; India y el Sur Global practican la diversificación de alianzas. En conjunto, forman un ecosistema donde la hegemonía deja de ser monopólica y se convierte en competencia sistémica entre racionalidades.

El Poder Invisible, que alguna vez tuvo un solo rostro, se descompone en múltiples civilizaciones tecnológicas que disputan el control de los flujos de energía, datos y sentido. Cada bloque busca administrar el futuro desde su propia matriz de poder, generando una coexistencia inestable donde la cooperación y el conflicto se entrelazan de forma permanente. El mundo entra así en una fase de pluralismo estratégico, en la que la soberanía se reconfigura como capacidad de decisión sobre la infraestructura del siglo XXI.

El poder constituyente y destituyente

Frente al colapso del orden neoliberal, emerge la posibilidad de recuperar el poder en su sentido originario: no como dominación, sino como potencia de creación. El filósofo Antonio Negri (1992) define el poder constituyente como la energía vital de los pueblos para instituir nuevas

formas de comunidad y organización social. Esta potencia, reprimida por siglos de gobierno jerárquico, reaparece en los movimientos que buscan autonomía frente al capital y en las resistencias que surgen fuera de las estructuras tradicionales del Estado. El poder destituyente, por su parte, no se limita a destruir lo existente, sino a desactivar los mecanismos de legitimación del dominio. Giorgio Agamben (2005) lo concibe como la capacidad de sustraer la vida del control soberano: una acción que no instaaura un nuevo poder, sino que impide que el viejo se reproduzca. Ambos —constituyente y destituyente— conforman las dos caras de una misma praxis emancipadora.

Recuperar el poder implica también redefinir la subjetividad política. En el sistema neoliberal, el individuo se ha reducido a consumidor; su libertad, a elección entre productos. Pero cuando la conciencia despierta a la comprensión de que el poder está en cada uno, se rompe la ilusión de impotencia. El sujeto vuelve a ser agente, no objeto. El poder constituyente contemporáneo no busca tomar el poder estatal, sino redefinir la forma misma de lo político. Se trata de desplazar el eje desde la dominación hacia la cooperación, desde la competencia hacia la reciprocidad. En este sentido, la emancipación no será el resultado de una revolución violenta, sino de una revolución ontológica: la reconfiguración del ser en común.

El desafío filosófico consiste en pensar el poder más allá del biopoder, más allá del Leviatán, más allá del imperio. Si el capitalismo global ha convertido la vida en un recurso, el poder constituyente debe convertir la vida en su medida. Solo así podrá emerger una racionalidad política orientada no al dominio, sino a la supervivencia de la especie.

La conciencia crítica como acto político originario

Toda transformación profunda del poder comienza por la conciencia. No hay cambio político posible sin un cambio en la forma de percibir el mundo y la posición del sujeto en él. El dominio neoliberal no se sostiene solo por la fuerza, sino por la colonización de la mente. La maquinaria del poder global produce subjetividades dóciles que reproducen el sistema sin coerción externa, creyendo que su libertad consiste en elegir entre opciones previamente diseñadas. La tarea filosófica del siglo XXI consiste en desnaturalizar esa ilusión. La conciencia crítica, como afirmaba Paulo Freire (1970), no es una reflexión contemplativa, sino una práctica liberadora. Es el momento en que el individuo comprende que su pensamiento

ha sido moldeado para servir a un orden y decide pensar desde otro lugar. Esa ruptura inaugura el poder destituyente: el acto de negar la legitimidad del discurso dominante.

La conciencia crítica no es resistencia pasiva. Es poder constituyente en su forma más pura: la capacidad de crear nuevos marcos de sentido, nuevas relaciones y nuevas instituciones. En un mundo saturado de información y desprovisto de verdad, pensar se convierte en un acto revolucionario. La conciencia es la primera frontera que el Leviatán Invisible necesita conquistar; recuperarla es el primer acto de emancipación. En este sentido, la educación, la filosofía y la comunicación son espacios de disputa política fundamentales. En ellos se juega la batalla por el significado. Recuperar el lenguaje, reconstruir la palabra, devolverle a los conceptos su capacidad de nombrar el mundo sin mediaciones corporativas, es restituir la soberanía del pensamiento. Solo un pensamiento emancipado puede fundar una política de la vida.

Hacia una racionalidad política de la supervivencia

El poder global ha llevado al planeta a una crisis de habitabilidad. El cambio climático, la extinción masiva de especies, la desigualdad y la hiperconcentración de la riqueza no son problemas aislados, sino síntomas de una misma lógica: la racionalidad instrumental del capital. En su afán por dominar la naturaleza y maximizar la ganancia, el sistema ha olvidado su condición de dependencia respecto de la biosfera. Frente a este panorama, es urgente construir una racionalidad política de la supervivencia, que sustituya la razón económica por una razón ecológica. No se trata de un ecologismo superficial, sino de una revolución ontológica que redefina la relación entre humanidad y planeta. Como señala Félix Guattari (1996), la ecosofía implica pensar la ecología ambiental, social y mental como dimensiones interdependientes de un mismo proceso vital (p.28).

Esta racionalidad de la supervivencia debe abandonar el paradigma del dominio y orientarse al cuidado. Gobernar no significa controlar, sino proteger las condiciones de posibilidad de la vida. En este sentido, la política deja de ser el arte de administrar recursos y se convierte en el arte de sostener el mundo. El futuro de la especie dependerá de nuestra capacidad de reorientar la técnica hacia fines vitales. La inteligencia artificial, la biotecnología y la automatización no son en sí mismas amenazas, sino herramientas

que deben subordinarse a una ética del límite. Si el siglo XX fue el siglo del poder sobre la vida, el XXI debe ser el de la responsabilidad por la vida. La supervivencia no es un hecho biológico, sino una decisión política. No sobreviviremos por adaptación pasiva, sino por creación consciente. La vida no necesita un nuevo amo, sino una nueva orientación.

Conclusión: el poder como potencia de lo común

El análisis del poder global contemporáneo muestra que el dominio neoliberal ha alcanzado una escala planetaria sin precedentes, pero también que su poder se sostiene sobre una fragilidad estructural: la alienación del sentido. En su intento por gobernarlo todo, el sistema ha vaciado de significado la vida, reduciéndola a mercancía. Su crisis no es sólo económica o ecológica, sino existencial. El geopoder, en tanto versión extendida del biopoder, ha transformado la gestión de poblaciones en una estrategia de control global. Sin embargo, su triunfo técnico es su derrota humana. La regulación perfecta produce sujetos vacíos, sociedades sin horizonte, y un planeta que se rebela ante su propia instrumentalización.

Frente a este panorama, el pensamiento prospectivo debe orientarse hacia una nueva concepción del poder: no como dominio, sino como potencia de lo común. El poder no es algo que se posee, sino algo que se ejerce en relación. Es la capacidad de co-crear el mundo. En palabras de Spinoza (1677/1980), *potentia* es la fuerza de existir; toda política emancipadora debe partir de ahí. La historia del poder es la historia del miedo: miedo al otro, miedo a la libertad, miedo a la vida misma. Pero allí donde hay miedo también hay posibilidad. El Leviatán Invisible se alimenta del miedo; la emancipación comienza cuando decidimos no temer. La conciencia, la cooperación y el cuidado son las nuevas armas del poder constituyente.

El destino de la humanidad dependerá de si logramos transformar el poder de dominar en el poder de cuidar. Solo una utopía aplicable, orientada a la supervivencia compartida, puede reencantar el mundo. El futuro no pertenecerá al imperio ni al mercado, sino a quienes comprendan que cuidar la vida es el acto político supremo. En resumen, el geopoder como extensión del biopoder ha dominado el orden global, pero su crisis abre caminos a una racionalidad de supervivencia.

Referencias

- Agamben, Giorgio (2005). *Estado de excepción*. Adriana Hidalgo Editora.
- Cox, Robert W (1981). Fuerzas sociales, estados y órdenes mundiales: más allá de la teoría de relaciones internacionales. *Millennium - Journal of International Studies*, Vol. 10 (2), pp. 126-155.
- Foucault, Michel (1975). *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Siglo XXI Editores.
- Foucault, Mochel (1978). *Nacimiento de la biopolítica: curso en el Collège de France (1978-1979)* (H. Pons, Trans.; 2007th ed.). Fondo de Cultura Económica.
- Freire, Paulo (1970). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI Editores.
- Fukuyama, Francis (1992). *El fin de la historia y el último hombre* (2015th ed.). Editorial Planeta.
- Guattari, Félix (1996). *Las tres ecologías*. Pre-Textos.
- Kissinger, Henry (1994). *Diplomacia*. Simon & Schuster.
- Lenin, Vladímir (2024). *El imperialismo fase superior del capitalismo*. RUTH.
- Marx, Karl (1867). *El capital: Crítica de la economía política* (2009th ed., Vol. (Vol. 1) (P. Scaron, Trad.)). Siglo XXI Editores.
- Marx, Karl (1933). *Resultados del proceso inmediato de producción* (1971st ed.). Siglo XXI Editores.
- Negri, Antonio (1992). *El poder constituyente: ensayo sobre las alternativas de la modernidad*. Trotta.
- Sassen, Saskia (2014). *Expulsions: Brutality and Complexity in the Global Economy*. Harvard University Press.
- Spinoza, Baruch (1677/1980). *Ética demostrada según el orden geométrico*. Alianza Editorial.
- Strange, Susan (1986). *Casino Capitalism*. Manchester University Press.